

volvió á recobrar sus sentidos con inmenso consuelo de su espíritu. ¡Cómo se redoblaría su devoción en adelante! ¡Cómo se aumentaría la nuestra, carísimos hermanos, si supiésemos apreciar el valor infinito del santo Sacrificio! ¿Qué otra cosa es la Misa sino un remedo de la gloria?

9. Importa mucho insistir sobre la necesidad de armonizar el trabajo con el deber religioso, hasta para el bienestar económico de la sociedad. En efecto, ese deber, cumplido puntualmente, es el que proporciona el descanso necesario de alma y cuerpo al obrero fatigado con el trabajo de seis días continuos. ¿Por qué no respetar, como es debido, la gran ley intimada á la humanidad entera desde las cumbres inflamadas del Sinaí: «Seis días trabajarás, y el séptimo descansarás, porque ese día es mío, es el sábado ó descanso del Señor»? ¿Por qué no cumplir con esta ley ratificada por el soberano Legislador del mundo, Jesucristo, y promulgada constantemente por su representante sobre la tierra, la Iglesia católica? ¡Desgraciados los individuos y las naciones que violan por vergonzosas codicias y especulaciones sacrílegas esa ley de armonía entre el trabajo y el descanso! Ellos retrocederán paso á paso, forzados por la codicia ó por el egoísmo, hasta el oprobio de las antiguas servidumbres. . . . ¡Los rayos y truenos del Sinaí parecen figurar las tempestades sociales que más tarde ó más temprano, habrán de estallar sobre la cabeza de los violadores de la gran ley del domingo! . . . Por el contrario ¡qué puro y radiante sol se ve brillar sobre la frente del pueblo sometido á la ley providencial y protectora del obrero! Después de las fatigas y dolores del cuerpo viene á disfrutar, en medio de la luz y del incienso, todas las dulzuras y alegrías del espíritu. Después de las penalidades de la tierra, viene á respirar un poco de aire del cielo. . . . Al día siguiente volverá con nuevo vigor y nuevas fuerzas á emprender el trabajo interrumpido por la oración y fecundado por el reposo; y

la economía misma recogerá en aumento de producción, prosperidad y riqueza lo que ese pueblo recoge de su reposo bendito, en aumento de alegría, bienestar y felicidad ¹.

10. Concluyamos. Habéis visto, hermanos míos, en la noble figura de San Isidro el hermoso ideal del trabajador cristiano, del varón sencillo, caritativo y humilde que supo elevarse á la cumbre de la santidad entre las diarias faenas del campo. Grande debe de ser su mérito ante Dios y ante los hombres, pues si Dios le glorifica haciendo por su intercesión innumerables milagros, como atestigua la historia, la Iglesia le decreta los honores de los grandes santos, y los reyes de España le erigen por Patrono de su corte. ¿Qué haremos nosotros, humildes devotos del santo Labrador? Pues inclinarnos reverentes ante su sagrada imagen y poner bajo su amparo nuestros bienes y personas, suplicándole nos alcance la gracia de imitar sus virtudes para tener algún día la dicha de ir á compartir su gloria en la bienaventuranza. Así sea.

Del Beato Juan Eudes, fundador de la Congregación de Jesús y María.

(Predicado en las fiestas de la Beatificación, Cartagena, Agosto de 1909.)

El Apóstol de Normandía en el siglo XVII.

Existimo enim nihil me minus fecisse a magnis apostolis. ² Cor. II, 5.

1. Un nuevo astro, un luminar celeste, y no de pequeña magnitud, se ve rutilar en el firmamento de la Iglesia: todos los ojos se tornan hacia él, todos los fieles lo miran de hito en hito con admiración y encanto: su luz irradia hoy sobre la tierra de Colón, y Cartagena, la ciudad de San Pedro Claver, se ve favorecida con sus vívidos

¹ P. Félix, op. cit.

CÁCERES, El Púlpito americano. IV.

fulgores. . . Juan Eudes, sacerdote francés del siglo XVII, ha sido sublimado por el Papa Pío X, con el título de Beato, al honor de los altares. Roma y Europa entera le han tributado los supremos homenajes reservados para los héroes de la religión: Cartagena de Colombia, haciéndose eco, aunque débil, de la cristiandad, viene, se agolpa en este templo para rendirle en estos días el tributo de su cristiana piedad, aplaudiendo las virtudes del Siervo de Dios y elevando sus plegarias hasta el trono del Santo.

Y henos aquí, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, en el solemne triduo con que los hijos del bienaventurado Juan Eudes, Directores de este seminario, han acordado celebrar la gran festividad de la Beatificación de su amadísimo Padre, tantos años anhelada y en buena hora decretada por el supremo Jerarca de la Iglesia con aplauso de todo el orbe católico. Y aquí me tenéis también, por el voto de persona respetable, de persona á quien debo complacer, no menos que por mi propio anhelo de contribuir con el modesto contingente de mi palabra á la glorificación del gran amigo de Jesús y de su Compañía, empeñado en hacer el panegírico del bienaventurado Confesor de Cristo, gloria de la Iglesia de Francia y uno de los más ilustres, aunque menos conocidos personajes de aquel siglo de oro de la literatura francesa, tan fecundo en santos como en sabios, guerreros y hombres públicos. ¡Empeño difícil ciertamente, aunque facilitado en gran parte por el conocimiento que de mi héroe ha adquirido este auditorio, mediante la sencilla y amena exposición que de la vida del Beato Eudes ha escuchado de labios de uno de sus hijos!

2. ¿Facilitado he dicho, amadísimos oyentes? Pero si ya le conocéis perfectamente ¿qué más puedo yo decir en su alabanza? Referir los hechos de su vida, desde la cuna hasta el sepulcro, ¿no es hacer su más brillante panegírico? ¿no es presentarlo de cuerpo entero á vuestra admi-

ración? Permitidme, sin embargo, que, aunque absorto en la contemplación del conjunto de este cuadro portentoso de la vida del varón santo, me detenga á contemplarlo en detalle, ó mejor dicho, fije la mirada en la gran figura que sobre ese fondo de azul y nácar se destaca coronada con nimbos de gloria celestial. Á la verdad sería temerario intento el querer abarcar el asunto en toda su amplitud, siendo tantos los títulos que ofrece nuestro héroe á la admiración y á la alabanza, de los que sólo citaré los de misionero apostólico, fundador de seminarios, institutor de varias órdenes religiosas, escritor ascético de primera nota, promotor, en fin, de la devoción á los sagrados Corazones de Jesús y María, y autor del culto litúrgico de los mismos. ¿Cómo podría yo abrazar en los estrechos límites de un discurso lo que esos títulos encierran, siendo cada uno de ellos bastante para dar celebridad á un hombre? Contentaréme, pues, con el primero, con el que, á mi juicio, caracteriza mejor al Beato Eudes, al varón apostólico cuya voz de trueno removía los abismos de las conciencias y de las sociedades en masa, obrando maravillas semejantes á las de los mayores apóstoles de la Iglesia de Cristo. Bien pueden ponerse en los labios del Apóstol de Normandía en el siglo XVII, las palabras que con no menor humildad que sinceridad decía de sí el Apóstol por excelencia: *Existimo* . . . «Pienso no haber hecho menos que cualquiera de los grandes apóstoles.»¹ En efecto, hermanos carísimos, ahí están los hechos que arrojan luz clarísima sobre la grandeza de su apostolado. Y esos hechos presuponen, como causa adecuada, un cúmulo de dotes naturales y sobrenaturales, cuales corresponden á un verdadero apóstol de Jesucristo, del tipo de aquellos que plantaron la Iglesia con sus sudores y su sangre. En dos palabras: hazañas apostólicas; dotes apostólicas del Beato

¹ 2 Cor. 11, 5.

Eudes; he aquí el asunto de vuestra atención y de mi discurso.

I.

3. La predicación es sin duda el ministerio apostólico por excelencia. Jesucristo, el primer apóstol, como enviado por el Eterno Padre á negociar la salvación del mundo¹, iba por todas partes predicando el Evangelio del reino y curando enfermos². Los apóstoles fueron enviados á predicar á todas las naciones la buena nueva³. Y ellos fueron y predicaron en toda la tierra, cooperando con ellos el Señor con signos y milagros⁴. Saulo, acabado de convertir en Pablo, predicaba á Jesús en las sinagogas⁵. De ahí en adelante no hizo más que predicar á Jesucristo crucificado⁶. Y aseguraba á los fieles de Corinto que su misión no era la de bautizar sino la de predicar el Evangelio⁷. Y á la verdad, ¿cómo habrían podido los apóstoles enseñar á los hombres la ley de Jesucristo, según la orden recibida: *docete*, si no hubiesen echado mano de la predicación? ¿Cómo podría haberse establecido el imperio de la fe en el universo sino por medio de la palabra divina que, oída, despierta la fe en los corazones, según aquello del Apóstol: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*⁸. Y lo que él mismo añade: ¿cómo oirán si no se les predica? Ahora bien, para predicar es preciso ser enviado: *Quomodo prædicabunt, nisi mittantur?*⁹ Luego la misión apostólica tiene por objeto primario y fin directo la predicación. «Id... y predicad.»¹⁰ He aquí la gran función apostólica desempeñada á maravilla por el bienaventurado Juan Eudes: la de pregonero de la divina palabra. He aquí la ocupación principal, si no única, de

¹ Io. 3, 17.² Matth. 4, 23.³ Marc. 16, 13.⁴ Ibid. 16, 20.⁵ Act. 9, 20.⁶ I Cor. I, 23.⁷ Ibid. I, 17.⁸ Rom. 10, 17.⁹ Ibid. 10, 14.¹⁰ Marc. 16, 15.

aquella larga vida de cerca de ochenta años, más de cincuenta de los cuales fueron consagrados á la predicación. En más de cien grandes misiones, fuera de otros muchos retiros, cuaresmas y advientos, dejó oír su palabra evangélica dentro y fuera de los templos, en una multitud de ciudades y pueblos de Francia.

Nuestro Bienaventurado, cuya vida conocéis lo bastante, á lo menos en sus principales rasgos, había recibido indudablemente la misión de predicar á los pueblos de Francia en el siglo XVII. Llevábale á los púlpitos la voz de la naturaleza; impulsábale á hablar la inspiración de la gracia. Como á Isaías parece le hubiera dicho Dios: *Clama, ne cesses*—«Grita sin descanso: haz resonar tu voz á manera de trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades y á los hijos de Israel sus pecados.»¹ Ó, para hablar con más exactitud, así como en el siglo XIII escogió Dios á aquel gran vocero de su palabra, Vicente Ferrer, para que llamase á esos mismos pueblos de Francia á penitencia y salvación, amedrentándolos con la venida del supremo Juez el día del juicio final; así también en pleno siglo decimoséptimo, destinó á Juan Eudes á recorrer las provincias de Bretaña y Normandía llamando á los pueblos que extraviaron la herejía de Calvino y las guerras civiles, á retornar á la verdadera fe y reformar las costumbres estragadas. Juan Eudes, sacerdote piísimo, en quien brillaban las más puras virtudes, sobresaliendo entre todas una caridad heroica de que acababa de dar brillantes pruebas asistiendo día y noche á los apestados de Caen, sintióse llamado por Dios al arduo ministerio de la predicación en aquel género de ejercicios de piedad llamado *misiones*, en que la predicación dirigida á las muchedumbres se prolonga por semanas y aun meses enteros.

¹ Is. 58, 1.

4. Fiel á la voz del Señor y apoyado en la bendición de los prelados, conságrase de lleno á este sublime ministerio, para el cual se asocia á otros sacerdotes que él mismo acaba de perfeccionar con sus lecciones y ejemplos. ¡Oh! y ¡cuánto necesitaban aquellos aciagos tiempos de la acción apostólica de nuestro misionero! Contestes los historiadores atestiguan el estado lastimoso de corrupción moral en que habían caído muchos pueblos. «Difícilmente se alcanzaría hoy», dice un respetable historiador, «á tener idea de la ignorancia y libertinaje de aquella época. El clero mismo, olvidado de sus deberes, dejaba á los fieles sin socorros espirituales, sin instrucción y á menudo sin sacramentos. El pueblo, principalmente de los campos, ignoraba las verdades fundamentales de la religión, y se dejaba arrastrar á los vicios, al perjurio, al homicidio.»¹ Era, pues, urgente la necesidad de que resonara la palabra divina en los labios del predicador de Cristo, pero con la fuerza del trueno que azota el desierto y despedaza los cedros gigantes: *Vox Domini concutientis desertum, confringentis cedros*²; con una vehemencia capaz de conmover hasta el fondo las apiñadas muchedumbres y de rendir á penitencia los más duros y rebeldes pecadores. Preciso era, para remediar aquellos males extremos, que se dejara oír la voz inspirada de un verdadero apóstol de Jesucristo. Y que tal fuese en efecto el esclarecido Fundador de la Congregación de Jesús y María, dicenlo á voces los maravillosos resultados obtenidos dondequiera que dejó oír su voz el santo Misionero.

5. Incalculables, copiosísimos fueron los frutos de aquellas gloriosas expediciones sagradas. De una de esas misiones predicada en París escribía el incomparable San Vicente de Paúl, abonadísimo testigo: «Algunos sacerdotes de Normandía, dirigidos por el Padre Eudes, han

¹ *Martine*, Vida del B. Juan Eudes.

² Ps. 28, 5.

venido á predicar en París una misión que ha producido *admirables resultados*.» Es un santo el que así habla. Y añade un historiador que el Papa Alejandro VII fué informado de que «París jamás había visto nada comparable á los frutos de esta misión». Mucho decir parece eso, hermanos carísimos; más no debe creerse exagerado. ¿Quién no admira desde luego la enorme multitud de gentes que se agolpaban alrededor de la cátedra del Orador sagrado? Lo habéis oído: quince mil, veinte y hasta treinta y cuarenta mil personas formaban á veces su auditorio, que los templos más espaciosos no bastaban á contener. Compréndese el hambre de verdad religiosa que sentían aquellos pueblos, católicos en el fondo, aunque por el momento descarriados. Mas ¿quién no advierte lo que esas numerosas concurrencias dicen del renombre alcanzado por el célebre Predicador? Y no se crea que fuesen solamente las gentes rústicas ó campesinas las que acudían desaladas á alimentarse del pan de la palabra del Beato Eudes; oíanle personas de todas condiciones, jóvenes y ancianos, doctos é ignorantes, magistrados y artesanos, y no sólo nobles caballeros y damas de la corte sino hasta prelados y personas reales. Vierais asistir en París y seguir el curso de los ejercicios á la reina madre acompañada de las damas de su servicio. Vierais al gran rey Luis XIV escuchando con religiosa compostura al humilde Misionero. Pero ¿qué decir del fruto espiritual cosechado en aquellas concurridísimas misiones? No resonaban los ámbitos con vanos aplausos; pero se oían por todo el concurso los ayes de los pecadores compungidos, veíanse correr las lágrimas de los penitentes y alguna vez se alzaba formidable el grito de «¡misericordia!» Hacíanse procesiones de penitencia, los confesonarios estaban asediados de tal suerte que no bastaron cincuenta sacerdotes para satisfacer el deseo de los que acudían al santo tribunal, por lo que se hacía necesario prolongar hasta dos y tres meses la misión.

Á las confesiones seguían las comuniones llamadas generales por lo numerosas, distribuídas los jueves y domingos, acompañadas de fervorosos actos de preparación y acción de gracias. ¡Qué espectáculos ofrecían estas comuniones, no vistas durante largos años en muchas de aquellas poblaciones inficionadas de vicios y herejías, ó por lo menos aletargadas en profunda indiferencia religiosa! ¡Con qué júbilo contemplaban los pastores celosos la vuelta de las ovejas al redil? Tras esto venían naturalmente la enmienda de costumbres, la reparación de agravios é injusticias, la restitución de bienes mal habidos, la paz de las conciencias, el bienestar general. ¿Quién no saludaría en el Apóstol de Cristo al bienhechor de la sociedad, no menos que al salvador de las almas? Fruto especial del poderoso ascendiente ejercido por la palabra del Beato Eudes sobre las masas, fué el haber desarraigado inveterados desórdenes y costumbres licenciosas que personas de mucha autoridad no habían podido destruir, y, lo que más es, cambiar aquellos abusos en piadosos ejercicios de devoción á la Madre de Dios.

6. Pero mirad al león de la cátedra sagrada transformado en manso cordero, al vehemente fustigador de los vicios en el púlpito, trocado en amoroso pastor en el santo tribunal de la penitencia. Para desempeñar cumplidamente las funciones de apóstol, para obrar esas grandes y portentosas conversiones de las almas, no basta la predicación general que mueve los corazones en común á detestar el pecado y á separarse del camino de la perdición; es necesaria también la predicación individual, la exhortación privada que acaba de rendir al pecador arrepentido y le fija de una vez para siempre en el propósito de entrar por nueva senda de virtud y salvación. En el confesonario es propiamente donde se recoge el fruto sembrado en la predicación. Si ésta no impele eficazmente á los pecadores á arrojarse á los pies de Jesucristo, representado en su

ministro, para declarar sus faltas é implorar la absolución, apenas puede llamarse predicación fecunda y apostólica. En el sacramento humilde pero admirable de la penitencia es donde se celebra la reconciliación del mal hijo con su Padre celestial, y, por consiguiente es allí donde queda asegurada la salud del alma, objeto final de todas las fatigas del apóstol. De aquí la necesidad no sólo de confesores en gran número en esas grandes avenidas de fieles, sino de buenos y excelentes confesores. Éralo en sumo grado el bienaventurado Padre Eudes, tanto que, en sentir de sus biógrafos, no es fácil decidir en cuál de los dos ministerios, si en el del púlpito ó en el del confesonario, fué más eminente, dudándose con razón por cuál de esas funciones ganó más almas para Dios. Era el confesor prudente, tan apartado de la severidad extremada como de la excesiva complacencia. No era de esos confesores duros y severos (dice un biógrafo) que no guardan ningún miramiento á la humana flaqueza, ni tienen compasión de la debilidad de los pobres pecadores; directores rigoristas, más bien que rígidos, que hacen tan difícil y tan arduo el camino del cielo, que apenas hay quien tenga valor para emprenderlo. Tales eran los sacerdotes contaminados de la herejía jansenista muy extendida en aquella época. No era tampoco de esos otros directores flojos que, condescendiendo con las pasiones de los pecadores, los lisonjean y entretienen en el desorden. Igualmente alejado de los dos extremos, no transigía jamás con el pecado, pero trataba con entrañas de padre al pecador. Miradle, amados fieles, sentado en el confesonario y rodeado de una multitud de penitentes que se renueva sin cesar, porque todos anhelan recibir de su mano la absolución sacramental. Entre ellos hay grandes pecadores, envejecidos en el crimen, pero tocados ya de la gracia y dispuestos sinceramente á convertirse á Dios. Á éstos es á quienes con más cariño acoge nuestro Apóstol, los